



I lustre Hermandad Sacramental y Franciscana de Nuestra. Sra. de los Milagros y San Jorge Mártir

Historia de San Jorge



San Jorge, uno de los más célebres mártires de la Iglesia, a quien los griegos llaman por excelencia el gran mártir, nació en Capadocia, de familia ilustre y distinguida por su nobleza, pero más señalada por el celo con que profesaba y defendía la verdadera religión. Su calidad y distinción le precisaron a seguir la profesión de las armas; y como era un joven de los más bien dispuestos, más valientes y más cultivados de todo el ejército, ganó en poco tiempo la gracia del emperador Diocleciano, quien le dio una compañía y le hizo su maestro de campo. Acreditó el acierto de esta elección el valor, la prudencia y toda la conducta de su porte en una edad tan poco avanzada. Y descubriendo cada día el Emperador más y más las prendas, los fondos y el extraordinario mérito del nuevo oficial, pensaba elevarle a los primeros cargos, colmándole de favores, cuando comenzó a descubrirse la tempestad que desde algunos años antes se iba fraguando contra los cristianos, y desde los primeros anuncios se comenzó a temer que al cabo inundaría en sangre de mártires a toda la Iglesia de Dios.

Desde entonces, aunque Jorge tenía solo veinte años, se consideró como víctima destinada al sacrificio, y se dispuso para él con el ejercicio de las más heroicas virtudes. Como tenía el grado de oficial general, era del Consejo del Emperador, y conoció que esto le obligaría a declararse de los primeros, dando pruebas de su fe, y no disimulando su religión. Hizo sacrificio de sus bienes antes de llegar el caso de hacer el de su vida. Y hallándose heredero de una rica sucesión por muerte de su madre, la repartió toda entre los pobres; vendió sus preciosos muebles, sus ricos vestidos, y distribuyó el precio entre los fieles, que al primer ruido de la persecución se habían esparcido aquí y allí, dando libertad a sus esclavos.

Despojada ya de todo, entró, por decirlo así, en la lid, y se fue a la sala del Consejo. Habiendo propuesto el Emperador el impío y cruel intento de exterminar todos los cristianos, le aplaudió toda la Junta; pero toda ella quedó extrañamente sorprendida y admirada cuando vio levantarse de su asiento a nuestro joven oficial, y con un noble despejo, pero modesto, atento y respetuoso, contradecir lo que todos habían dicho, y en pocas pero graves palabras reprender la resolución que se había tomado de perseguir a los cristianos y de exterminarlos en todo el imperio.

Era naturalmente elocuente; y como hablaba con mucha gracia, con energía y con fuego, se hizo escuchar con admiración y con respeto. Hizo demostración al Consejo de la injusticia y de la impiedad de aquella resolución; defendió con una discreta apología a los cristianos, y acabó exhortando al Emperador a que revocase unos edictos que sólo se dirigían a oprimir violentamente a la inocencia. Había ya acabado de hablar, y aún no habían vuelto de su admiración los que le oían; la viveza de su discurso, el aire religioso con que le pronunció, y su rara modestia, tenían como entredichos a los oyentes, y por algún tiempo suspendieron las pasiones de todo el Consejo. El Emperador, aún más aturdido que los otros, mandó al Cónsul Magencio que respondiese a nuestro Santo. Bien se conoce, le dijo el Cónsul, por el desahogo con que has hablado en presencia del Emperador, que eres uno de los principales jefes de esta secta; tu confesión confirmará tu insolencia; pero nuestro augusto príncipe, defensor de los dioses del imperio, sabrá vengarlos de tu impiedad.—Si la impiedad ha de castigarse, respondió Jorge, no sé yo que haya otra más abominable que la de atribuir a las criaturas, aún a aquellas que son inanimadas, los soberanos títulos y derechos propios y peculiares de la Divinidad. No puede haber más que un solo Dios verdadero: Este es aquel a quien yo sirvo y adoro. Sí, cristiano soy, y de este nombre me glorío, no aspirando a mayor dicha en esta vida que a darla derramando toda mi sangre por aquel Señor de quien la recibí. Enfurecido el Emperador al oír este discurso, y temiendo que hiciese impresión en los ánimos de los circunstantes, mandó que al punto le cargasen de cadenas y le encerrasen en un calabozo.

Halló en él nuestro fervoroso Santo abundante materia para satisfacer el ardiente deseo que tenía de padecer por amor de Jesucristo. El primer efecto de la cólera del tirano fue mandarle atormentar con un género de suplicio nunca oído hasta aquel día. Mandó atarle una rueda cubierta toda de agudas puntas de acero, la cual, a cada vuelta que daba, le levantaba hacia arriba pedazos de carne, y hendía en sangrientos canales aquel delicado cuerpo. Quedaron atónitos los mismos verdugos viendo la alegría del generoso mártir todo el tiempo que duró este horrible tormento; pero aún quedaron más asombrados cuando, suponiéndole ya muerto, le hallaron enteramente sano de todas sus heridas. Se convirtieron muchos gentiles a vista de esta milagrosa curación; pero ella misma irritó más al tirano. Como era Jorge una de las primeras víctimas que Diocleciano sacrificaba a su innata crueldad, no perdonó a especie alguna de suplicio que no emplease para vencer su magnanimidad y su constancia. Apenas se puede creer lo que refieren de sus tormentos las actas más antiguas del martirio de nuestro Santo. Todo lo que puede inventar la más bárbara inhumanidad; todo lo que es capaz de discurrir la cólera de un tirano, y todo lo que puede sugerir la rabia y la malignidad del Infierno, todo se puso en ejecución para atormentar al invencible mártir; pero todo sirvió para confundir a los paganos y para manifestar más la gloria y el poder de Dios que adoraba Jorge. El acero, el fuego, la cal viva, de todo se valieron para combatir su resolución y su fe; pero la firmeza y aún la alegría que manifestaba en medio de los tormentos; cierto resplandor maravilloso de que se vio rodeado todo su cuerpo, tan brillante, que disipó las tinieblas del oscuro calabozo; muchos milagros que obró en beneficio de los mismos que le atormentaban, todo esto hizo triunfar la religión y convirtió a la fe a muchos infieles. De este número fueron los dos pretores Prótolo y Anatolio. En vano gritaban algunos que todo era hechicería, sortilegio, arte mágica, encantamiento; la heroica paciencia que todos observaban en él, en medio de los más crueles tormentos, y las milagrosas maravillas que obraba, hicieron titubear a los más obstinados; tanto, que el Emperador llegó a temer una conversión general en toda la ciudad, y aún se asegura que la emperatriz Alejandra se convirtió. El Emperador, viendo que

eran inútiles todos los tormentos, recurrió al artificio: mudando repentinamente de tono y de conducta, mandó que le quitasen las prisiones y le condujesen a su presencia.

La vida de San Jorge se popularizó en Europa durante la Edad Media, gracias a una versión bastante “sobria” de sus actas. Según cuenta la tradición, el santo era un caballero cristiano que hirió gravemente un dragón de un pantano que aterrorizaba los habitantes de una pequeña ciudad. El pueblo sobrecogido de temor se disponía a huir, cuando San Jorge dijo que bastaba con que creyesen en Jesucristo para que el dragón muriese. El rey y sus súbditos se convirtieron al punto y el monstruo murió.



Por entonces estalló la cruel persecución de Diocleciano y Maximiano; el santo entonces comenzó a alentarlos que vacilaban en la fe, por lo que recibió crueles castigos y torturas, pero todo fue en vano. El emperador mandó decapitar al santo, sentencia que se llevó a cabo sin dificultad, pero cuando Diocleciano volvía del sitio de la ejecución fue consumido por un fuego bajado del cielo. Esta versión popular de la vida del santo, induce a que en realidad San Jorge fue verdaderamente un mártir de Dióspolis (es decir Lida) de Palestina, probablemente anterior a la época de Constantino. No se sabe exactamente cómo llegó a ser San Jorge patrón de Inglaterra. Ciertamente su nombre era ya conocido en las islas Británicas antes de la conquista de los normandos. En todo caso, es muy probable que los cruzados especialmente Ricardo I hayan vuelto del oriente con una idea muy elevada sobre el poder de intercesión de San Jorge.